

punte de comunicación. De esta manera no ofrece acceso á los ataques exteriores, y los prisioneros que el rey mandaba encerrar en ella no podían escapar sino por el puente, cuya custodia es muy fácil. Allí estaba encerrado el tesoro del rey, pero entonces solamente se encontraron los trescientos talentos que Perseo ofreció á Gencio y cuya remisión detuvo. Durante la permanencia de Emilio en Pela, recibió numerosas legaciones, especialmente de la Tesalia, que venían á felicitarle. Sabiendo en seguida que Perseo había pasado á la isla de Somothraca, partió de Pela y llegó á Amfipópolis en cuatro días de marcha. El apresuramiento con que los habitantes salieron á recibirle, le demostró claramente que no se creían privados de un rey bueno y justo, sino libres del tirano más cruel. Paulo entró en la ciudad y fué á rendir homenaje á los dioses, y ofreciendo estaba un sacrificio solemne cuando cayó un rayo sobre el altar, incendiándolo de pronto. Todos vieron en aquel prodigio que la ofrenda del cónsul era muy agradable á los dioses inmortales, puesto que el fuego del cielo bajaba para consumirla. No permaneció mucho tiempo en Amfipópolis Paulo Emilio, porque quería perseguir á Perseo y llevar sus armas victoriosas á todas las provincias que reconocían la autoridad del rey. Pasó, pues, á la Odomántica, comarca que se extendía al otro lado del río Strymón y acampó bajo las murallas de Siras.

FIN DEL LIBRO XLIV.

## LIBRO XLV.

### SUMARIO.

Prisión de Perseo.—Sitio de Alejandría por Antioco.— Los legados romanos le mandan levantarlo.—El rey obedece.—El Senado recibe legaciones de pueblos y reyes que le felicitan.—Los legados de Rodas: su defensa en el Senado.—Macedonia provincia romana.—Triunfo de Emilio Paulo.—Muerte de dos hijos del vencedor.—Clausura del lustro.—Llegada á Roma de Prusias, rey de Bithinia.—Acusación de este príncipe.

Los mensajeros de la victoria Q. Fabio, L. Léntulo y Q. Metelo se apresuraron á trasladarse á Roma, pero la fama se les adelantó y encontraron la ciudad entregada al regocijo. Cuatro días después del combate durante los juegos del circo, se propagó de pronto en la asamblea la noticia de la batalla librada en Macedonia y de la derrota del rey. Este rumor, sordo al principio, circuló muy pronto por todas partes, concluyendo por suscitarse gritos y aplausos, como si se tuviese seguridad de la victoria. Asombrados los magistrados quisieron descubrir al autor de la fausta noticia; y habiendo sido infructuosas las pesquisas, el regocijo se disipó con la inseguridad del acontecimiento; sin embargo, persistió en los ánimos agradable presentimiento. Cuando quedó confirmada la victoria por el terminante mensaje de Fabio, Léntulo y Metelo, regocijéronse todos por la vic-

toría misma y por el presentimiento que la había anunciado. Atribuyen algunos autores el movimiento ocurrido en el circo á una causa muy verosímil: el diez de las kalendas de Octubre y segundo día de los juegos romanos, en el momento en que el cónsul C. Licinio subía á su carro para ir á dar la señal de las carreras de las cuadrigas, un mensajero que decía venir de Macedonia le entregó cartas laureadas. En cuanto los carros se lanzaron á la arena, el cónsul volvió á montar en el suyo, y atravesando el circo para regresar á su puesto, mostró al público aquellas cartas y aquellos laureles. Al verlos, el pueblo olvidó el espectáculo, precipitándose en medio del circo. El cónsul convocó allí al Senado, leyó las cartas, y con autorización de los senadores anunció al pueblo desde la tribuna «que su colega L. Emilio había dado batalla al rey Perseo; que los macedonios habían sido derrotados y puestos en fuga; que el rey había huído con un puñado de soldados, y que todas las ciudades de Macedonia habían caído en poder de los romanos.» A la lectura siguieron alegres gritos y entusiastas aplausos. Abandonáronse los juegos, y la mayor parte de los espectadores acudieron á llevar la afortunada noticia á sus esposas é hijos. Ocurría esto el día decimotercio después de la batalla librada en Macedonia.

Al siguiente día se reunió el Senado en la curia, decretó acciones de gracias, y mandó al cónsul por medio de un senatus-consulta que licenciase las tropas que habían renovado el juramento militar, exceptuando los soldados navales y las tripulaciones de las naves. Para deliberar acerca de esto, se esperó la llegada de los enviados de Emilio, que se habían hecho preceder por un mensajero. El seis de las kalendas de Octubre, cerca de la hora segunda, entraron los enviados en la ciudad, seguidos por inmensa multitud de ciudadanos que ha-

bían salido á su encuentro; marchando al Foro y penetrando hasta el tribunal. Encontrábase en sesión el Senado y el cónsul introdujo á los enviados. Solamente se les retuvo el tiempo necesario para que diesen á conocer el número de tropas de infantería y caballería, el de muertos y prisioneros, las pérdidas de los romanos, tan insignificantes en comparación de la matanza de enemigos, y en fin, el corto número de soldados que habían acompañado á Perseo en la fuga. «Pensábase, añadieron, que procuraría ganar la isla de Somothraca; la flota estaba dispuesta á perseguirle y no podría escapar por tierra ni por mar.» Llevados en seguida ante el pueblo reunido, los mensajeros dieron los mismos detalles. Entonces estallaron de nuevo los arrebatos de regocijo, y habiendo mandado el cónsul que se abriesen los edificios sagrados, todos dejaron la asamblea, para ir á dar gracias á los dioses, y todos los habitantes de la ciudad, hombres y mujeres, acudieron en tropel á los templos de los dioses inmortales. Convocado de nuevo el Senado, decretó, en agradecimiento por los triunfos de Emilio, cinco días de acciones de gracias delante de todos los altares y la inmolación de víctimas mayores. Al mismo tiempo se dió la orden para poner á seco y colocar de nuevo en los astilleros las naves que estacionaban completamente equipadas en el Tíber, para marchar á Macedonia, si Perseo prolongaba la resistencia. No solamente se licenció á las tropas navales, dándolas el sueldo de un año, y las que habían jurado en manos del cónsul, sino que también á todos los soldados de Coreyra, que estaban en Brindis, cerca del mar superior, ó en la comarca de Larymno. En todos éstos puntos se había reunido un ejército con el que, en caso necesario, habría pasado C. Licinio á Macedonia para socorrer á su colega. Notificóse al pueblo por medio de una proclama que las acciones de gracias durarian

cinco días, á partir del quinto de los idus de Octubre inclusive.

Los dos legados C. Licinio Nerva y P. Decio llegaron de Iliria con la noticia de «que el ejército enemigo había sido derrotado, hecho prisionero el rey Gencio y toda la Iliria sometida á los romanos.» Con ocasión de estos triunfos, conseguidos bajo los auspicios y dirección del pretor L. Anicio, el Senado decretó tres días de acciones de gracias, fijándolos en seguida el pretor por un edicto para el cuarto, tercero y segundo días de los idus de Noviembre. Según algunos escritores, los enviados de Rodas no habían podido ser admitidos aún ante el Senado, y solamente después de la victoria y como para burlarse de su ridículo orgullo se les concedió audiencia. Su jefe Agépolis habló de esta manera: «Los rodios habían ofrecido su mediación para restablecer la paz entre los romanos y Perseo, y poner término á una guerra tan funesta y onerosa para toda la Grecia, como costosa y perjudicial para los mismos romanos. Pero daban gracias á la fortuna que, al terminarla sin su intervención, les facilitaba oportunidad para felicitar á los romanos por su victoria.» Tales fueron las palabras de los rodios. El Senado contestó: «Que á los rodios no les había movido ni el interés de la Grecia, ni el deseo de economizar gastos al pueblo romano, sino el de servir á Perseo; que si realmente hubiesen tenido los sentimientos que ostentaban, en la época en que Perseo acababa de entrar con un ejército en Tesalia y durante los dos años que había empleado en reducir las ciudades griegas, unas por fuerza, otras con amenazas de guerra, debieron enviar una legación; pero entonces se guardaron mucho los rodios de hablar de paz; mas cuando supieron que estaban franqueados los desfiladeros, que los romanos habían entrado en Macedonia y que rodeaban á Perseo por todas partes, habían

ofrecido su mediación con el único objeto de librar al rey del peligro que le amenazaba.» Con esta respuesta se despidió á los rodios.

Por estos mismos días, M. Marcelo, que acababa de dejar la provincia de España, después de apoderarse de la importante ciudad de Marcolica, entregó al tesoro público diez libras de oro y un millón de sextercios en plata. Como antes dijimos, el cónsul Paulo Emilio estaba delante de las murallas de Siras, en la Odomántica, donde recibió una carta de Perseo. Había confiado el mensaje á tres hombres oscuros. Dícese que el cónsul no pudo contener las lágrimas al considerar la inestabilidad de las cosas humanas: pensaba en aquel príncipe que, no contento antes con el reino de Macedonia, había llevado sus armas á la Dardania y la Iliria y llamado á los bastarnos en su ayuda, y que ahora, sin ejército, expulsado de su reino, relegado á un islote, reducido á la condición de suplicante, solamente á la santidad del paraje debía una seguridad que sus propias fuerzas no podían darle ya. Pero cuando leyó «El rey Perseo al cónsul Paulo Emilio, salud,» la ceguedad con que Perseo desconocía su situación presente desterró toda conmiseración del ánimo del cónsul. Así, pues, aunque el resto de la carta contenía súplicas indignas de un rey, despidió á los mensajeros sin contestación. Comprendió entonces Perseo que debía renunciar á su título, puesto que estaba vencido, y envió al cónsul otra carta en la que, sin añadir á su nombre título alguno, le rogaba le enviase algunas personas con las que pudiese conferenciar acerca del estado y condición de sus negocios. El cónsul envió á P. Léntulo, A. Postumio Albino y A. Antonio. La entrevista no produjo ningún resultado: Perseo se obstinaba en querer conservar su título de rey, y Paulo Emilio exigía que se entregase, con todo lo que le pertenecía, á merced del pueblo romano.

Entretanto llegaba Cn. Octavio con la flota á Somotracia, y aprovechando el terror que infundía su presencia, empleó sucesivamente promesas y amenazas para impulsar á Perseo á rendirse. Un incidente preparado por él, ó que la casualidad produjo, vino de pronto á secundar sus esfuerzos. L. Atilio, distinguido joven romano, habiendo encontrado al pueblo de Somotracia reunido en la plaza pública, pidió permiso al magistrado para dirigirle la palabra, y habiéndolo obtenido, exclamó: «Somotracios, huéspedes nuestros, ¿es verdad ó mentira que el suelo de esta isla es sagrado, y que todo su territorio es augusto é inviolable, como dice la fama pública?» General clamor de asentimiento confirmó la opinión de la santidad de la isla. «¿Por qué, pues, añadid, permitís que la viole un asesino manchado aún con la sangre del rey Eumeno? ¿Por qué, á pesar de la fórmula de los sacrificios, que alejan del altar á todos los que no tienen puras las manos, permitís que profane el santuario la presencia de un asesino cubierto de sangre?» La fama había propagado por todas las ciudades de Grecia el asesinato que Evandro había intentado en Delfos en la persona del rey Eumeno. Así fué que los somotracios, que por otra parte se veían en poder de los romanos con su isla y su templo, y no podían desconocer la justicia de las reconvenções de Atilio, enviaron á Theondas, su primer magistrado ó rey, como le llamaban, á notificar á Perseo que el cretense Evandro estaba acusado de asesino; que el tribunal establecido por sus antepasados estaba encargado de juzgar á los que eran acusados de haber puesto manos sacrílegas en el sagrado recinto del templo; que si Evandro, fuerte en su inocencia, podía destruir la acusación capital que pesaba sobre él, era libre para presentarse á defender su causa; si temía la sentencia, debía dejar de profanar el templo con su presencia y atender á su seguridad.» Perseo man-

dó llamar en seguida á Evandro y le aconsejó no correr los riesgos de un juicio, diciéndole «que la justicia de su causa ni su influencia podrían librarle de la condenación.» Temía el rey que, una vez condenado Evandro, le acusase como autor del atentado. «El único partido que le quedaba era darse valerosamente la muerte.» Mostróse Evandro dispuesto á seguir sus consejos, declarando que prefería, para morir, el veneno al hierro; pero secretamente hizo preparativos para asegurarse la fuga. Informado Perseo, y temiendo atraerse el enojo de los somotracios, que le acusarían de haber sustraído el culpable al castigo, mandó matarle. Mas apenas cometido el asesinato, comprendió su imprudencia, porque la mancha que pesaba sobre Evandro iba á caer sobre él; porque si Evandro había herido á Eumeno en Delfos, él acababa de matar á Evandro en Somotracia. De esta manera había derramado dos veces sangre humana y profanado los dos templos más respetables del mundo. Para ocultar aquel odioso crimen ganó á fuerza de oro á Theondas, y consiguió que dijese al pueblo que Evandro se había dado la muerte.

Aquella maldad la cometió Perseo con el único amigo que le quedaba, amigo probado en muchas ocasiones, y tan cobarde atentado le enajenó los ánimos. Todos se apresuraron á pasar al bando de los romanos; y viéndose casi solo el rey, pensó en huir. Llamó á un cretense, de nombre Oroando, que conocía la costa de la Tracia por haber comerciado en aquella comarca, y le pidió que le llevase en una barca al rey Cotys. La barca estaba en el puerto de Demetrio, cerca del promontorio de la isla. Al ponerse el sol llevaron allí todas las cosas necesarias y todo el dinero que fué posible sacar secretamente. A media noche, el mismo rey, acompañado solamente de tres personas, salió por una puerta excusada, bajó á un jardín inmediato á la cá-

mará en qué dormía, franqueó la muralla, no sin trabajo, y llegó al fin á orillas del mar. Pero en cuanto estuvo embarcado el dinero, Oroandó levó el ancla al oscurecer y se dirigió á Creta. No encontrando la nave en el puerto, Perseo vagó algún tiempo por la playa temiendo le descubriese el día, que se acercaba ya, y se ocultó en un rincón obscuro en un lado del templo. Los pajes del rey (llaman así en Macedonia á los jóvenes de las familias más nobles dedicados al servicio del rey) le habían seguido en la fuga, y ni siquiera en aquel momento le abandonaron, cuando Cn. Octavio hizo publicar por medio del pregonero que ofrecía á los pajes del rey y á los demás macedonios que se encontraban entonces en Somotracia, si pasaban al partido de los romanos, la vida, la libertad y el goce de cuanto poseyeran ó hubiesen dejado en Macedonia. En seguida fué general la desertión, y todos acudieron á dar su nombre al tribuno de los soldados C. Postumio. El tesalónico Yon entregó á Cn. Octavio los hijos del rey, niños aún, quedando solamente con Perseo su hijo mayor, llamado Filipo. Entonces se entregó con él á Cn. Octavio, y á pesar de encontrarse en el templo, acusó á la Fortuna y á los dioses por no haber escuchado sus ruegos. Embarcáronle en la nave pretoria, y transportaron también el dinero que le quedaba, tomando en seguida la flota el rumbo de Anfípolis. Desde allí envió Octavio al rey al campamento romano, después de haber escrito al cónsul que se había apoderado de él y se lo enviaba.

La captura del rey valía otra victoria; y con este motivo ofreció Paulo Emilio un sacrificio á los dioses, reunió su consejo, y después de leer las cartas del pretor, envió á Q. Elio Tuberon al encuentro del rey, haciendo que los demás jefes permaneciesen en su tienda. Jamás espectáculo alguno había atraído tanta afluencia. Los antepasados vieron al rey Sifax llevado como

prisionero al campamento romano; pero además de que su fama personal no igualaba á la de Perseo, ni sus númidas valían lo que los macedonios, había desempeñado un papel secundario en la guerra púnica, como Gencio en la de Macedonia. Perseo, por el contrario, era la cabeza de la guerra. No solamente su propia fama, sino la de su padre, la de su abuelo y la de todos los reyes de que descendía, atraían sobre él las miradas, viéndose resplandecer en él la gloria de aquel Filipo y de aquel Alejandro Magno, que dieron á los macedonios el imperio del mundo. Perseo entró en el campamento con ropas de duelo, sin ninguno de los suyos, sin ningún amigo que, compartiendo su infortunio, aumentase la compasión que inspiraba. La multitud, que se agrupaba para verle, le impedía andar; pero el cónsul envió suslictos para que le abriesen paso hasta la tienda. En cuanto apareció el rey se levantó el cónsul, mandando á los demás que permaneciesen sentados; dió algunos pasos adelante y le presentó la mano. Perseo quiso arrojarse á sus pies, pero Emilio le levantó antes de que pudiese abrazar sus rodillas; le hizo entrar en su tienda y le invitó á sentarse en frente de los jefes reunidos en consejo.

Comenzó Emilio por preguntarle qué queja le había llevado á emprender contra el pueblo romano con tanto encarnizamiento una guerra que á él y á su reino los ponían al borde de su pérdida. Todos esperaban la respuesta; pero Perseo, con los ojos bajos, sólo contestó con sus lágrimas. «Si hubieses ocupado el trono en edad juvenil, continuó diciendo el cónsul, hubiera extrañado menos que ignorases cuán poderoso amigo es el pueblo romano y qué enemigo tan temible; pero después de haber tomado parte en la guerra que nos hizo tu padre, cuando debías recordar el tratado de paz que le siguió y la rigurosa exactitud con que lo observa-

mos, ¿cómo has podido preferir la guerra á la paz con un pueblo cuyas fuerzas en la una había experimentado, así como su fidelidad en la otra?» Perseo no contestó á estas reconvenciones, como no lo hizo á las primeras preguntas. «Sea como quiera, continuó diciendo el cónsul, ya provenga esta conducta de un error propio de la debilidad humana, de la casualidad ó de la voluntad del destino, ten valor. La clemencia del pueblo romano, que tantos reyes y pueblos han experimentado en sus desgracias, debe no solamente darte esperanzas, sino casi la seguridad de mejor porvenir.» Emilio había hablado al rey en lengua griega, y se dirigió al consejo en latín: «Veis, dijo, elocuente ejemplo de las vicisitudes humanas. Jóvenes, á vosotros me dirijo especialmente. Es necesario guardarse mucho en la prosperidad, usar con nadie de violencia y altivez, ó confiar demasiado en la fortuna presente, porque se ignora por la mañana lo que la tarde puede traer. El hombre verdaderamente digno de serlo, no debe enorgullecerse por sus triunfos ni abatirse por sus reveses.» Después de disolver el consejo, confió la custodia del rey á Q. Elio. Aquel día invitó Emilio á Perseo á su mesa y le tributó todos los honores compatibles con su situación.

En seguida pasó el ejército á invernar, marchando la mayor parte á Amfípolis, y el resto á las ciudades inmediatas. Así terminó, después de cuatro años, la guerra entre los romanos y Perseo, y con ella tuvo fin un reino cuya fama había llenado la mayor parte de Europa y toda el Asia. Perseo era el vigésimo primero de los sucesores de Carano, primer rey de Macedonia. Habiendo subido al trono bajo el consulado de Q. Fulvio y L. Manlio, recibió del Senado el título de rey, bajo el de M. Junio y A. Manlio: su reinado duró once años. El nombre de los macedonios se conoció poco hasta Filipo, hijo de Amintas, debiendo á este príncipe el prin-

cipio de su celebridad, que, sin embargo, no traspasó los confines de Europa, quedando concentrada en la Grecia, en parte de la Tracia y la Iliria. En seguida desbordó por el Asia; y Alejandro, durante los trece años de su reinado, subyugó primeramente la inmensa extensión del país que formaba antes el imperio de los persas, y recorrió como vencedor la Arabia, la India y las comarcas más apartadas de la tierra que abraza el mar Rojo. Entonces fueron los macedonios el pueblo más famoso del mundo y su reino el más considerable. Pero á la muerte de Alejandro siguió la división de su imperio en muchos reinos. Sus generales se disputaron sus despojos por la fuerza, y aquella división causó la completa ruina de su imperio, ciento cincuenta años después de la época de su mayor prosperidad.

En cuanto se extendió por el Asia la fama de la victoria de los romanos, Antenor, que se encontraba cerca de Fanes con una flota de naves ligeras, se dirigió apresuradamente á Cassandrea. C. Popilio, que permanecía en Delos para escoltar las naves que iban á Macedonia, enterado de que había terminado la guerra en aquel país, y de que las naves ligeras del enemigo habían abandonado su fondeadero, despidió por su parte los atenienses, y continuó su marcha hacia Egipto, para cumplir la misión de que estaba encargado; queriendo alcanzar á Antioco antes de que llegase delante de las murallas de Alejandría. Siguiendo las costas del Asia, los legados recalaron en Lorima, puerto situado frente á la ciudad de Rodas á poco más de veinte millas de distancia. En seguida los habitantes de Rodas, á quienes también había llegado la noticia, acudieron á su encuentro y les invitaron «á visitar su ciudad, cuyo honor y salvación, decían, estaban interesados en que los legados tomasen por sí mismos conocimiento de lo que habían hecho los rodios y de lo que hacían aún, y

pudiesen llevar á Roma, no falsos rumores, sino el resultado de sus propias informaciones.» Después de negarse por mucho tiempo, los legados consintieron al fin en suspender momentáneamente su viaje para la salvación de una ciudad aliada. En cuanto entraron en Rodas, les instaron de la misma manera para que se presentasen ante el pueblo. Pero su presencia aumentó las alarmas de los habitantes en vez de disminuirlas. Popilio les recordó todas las palabras y todos los actos hostiles de que se habían hecho culpables durante la guerra, tanto en particular como en público. Como estaba acostumbrado á no tener consideraciones, aumentaba la dureza de sus reconvenciones con su airado aspecto y acento amenazador. Por esta razón dedujeron los habitantes de aquella animosidad de un senador romano, que no tenía de Rodas ninguna ofensa personal, que las disposiciones de todo el Senado les eran desfavorables. C. Decimio habló con más moderación, reconociendo que la mayor parte de los hechos de que acababa de hablar Popilio, no debían imputarse al pueblo, sino á corto número de agitadores. «Esos hombres, de venal elocuencia, añadió, eran los que habían redactado decretos bajamente adúladores para el rey, y enviado legados que serían para los rodios perpetuo motivo de vergüenza y arrepentimiento. Pero si el pueblo persistía en los mismos sentimientos, el castigo de aquellas ofensas caería sobre la cabeza de los culpables.» Con profundo agrado se escucharon aquellas palabras, porque atenuaban la falta de la multitud y porque la imputaban á sus verdaderos autores. Así fué que cuando los rodios principales contestaron á los legados, no se les agradeció que procurasen disculparse bien ó mal de las censuras de Popilio; apreciándose más la franqueza de los que reconocieron con Decimio la necesidad de castigar á los culpables. En consecuencia de esto, senten-

cióse á muerte en seguida á cuantos se les probase que habían hablado ú obrado en favor de Perseo y en contra del pueblo romano. Algunos culpables habían abandonado la ciudad desde la llegada de Popilio, y otros se habían dado la muerte. Los legados, después de pasar cinco días en Rodas, se pusieron en camino para Alejandría. Su marcha no aplazó la ejecución del decreto que se dió durante su permanencia, y la moderación de Decimio fué razón más para continuar las persecuciones con perseverancia.

Mientras ocurrían estas cosas, Antioco había levantado el sitio de Alejandría, después de inútiles esfuerzos. Dueño del resto del Egipto, dejó en Memfis á Ptolomeo el mayor, á quien fingía querer colocar en el trono, con la secreta intención de volver sus armas contra él, en cuanto le viese vencedor, y llevó su ejército á Siria. Ptolomeo, que había comprendido el proyecto de Antioco, viendo á su hermano menor atormentado por el temor de un sitio, creyó poder aprovechar su miedo para hacerse recibir en Alejandría, con el auxilio de su hermana y el consentimiento de los amigos de su hermano. Por esta razón no cesó de solicitar primeramente á su hermana y después á su hermano y sus consejeros, hasta que se reconcilió con ellos. Había conseguido que sospechasen de Antioco, haciéndoles observar que si le había abandonado el resto del ejército, había dejado fuerte guarnición en Pelusa. «Era evidente, decía, que se reservaba aquella puerta del Egipto para entrar en él con su ejército cuando lo creyese oportuno; además, una guerra intestina con su hermano no podía tener otro resultado que debilitar al vencedor y dejarle en condiciones que no pudiese resistir á Antioco.» Las prudentes reflexiones de Ptolomeo agradaron á su hermano y á los que le rodeaban, contribuyendo Cleopatra poderosamente, tanto con sus ruegos como con sus conse-

jos. Concluyóse, pues, la paz, y Ptolomeo entró en Alejandria sin oposición, ni siquiera por parte del pueblo, que en el curso de la guerra había tenido que sufrir escasez, no solamente durante el sitio, sino después de haberle levantado, porque no llegaban provisiones del Egipto. Antioco hubiese debido ver con gusto aquella reconciliación, si su entrada en Egipto no tenía otro objeto que colocar á Ptolomeo en el trono; pretexto especioso con que había ocultado sus miras ambiciosas en sus cartas á todas las ciudades del Asia y de la Grecia, ó en sus contestaciones á sus legados, pero tanto le irritó por el contrario, que se dispuso á hacer la guerra á los dos hermanos con más furor y encarnizamiento que desplegó contra uno solo. En seguida hizo marchar su flota á Chipre, y él mismo, en los primeros días de la primavera se puso en camino para Egipto con un ejército, avanzando hasta Celesiria. Cerca de Rinocolura se le presentaron los legados de Ptolomeo para darle gracias por el restablecimiento de este rey en el trono de sus antepasados, y suplicarle que no destruyese su propia obra y diese á conocer sus pretensiones más bien que trocar su título de aliado por el de enemigo y adjudicarse por la fuerza de las armas lo que quería. Antioco contestó «que no llamaría la flota ni retiraría el ejército hasta que le cediesen la isla de Chipre entera, Pelusa y su territorio hasta la boca del Nilo.» Al mismo tiempo señaló el plazo en que habían de contestar á estas condiciones.

En cuanto transcurrió el plazo, Antioco mandó á los jefes de sus fuerzas navales, que acompañaban al ejército terrestre, que hiciesen rumbo hacia Pelusa por la desembocadura del río Nilo, entrando él en Egipto por los desiertos de Arabia. Los habitantes de Memfis y de las demás ciudades de Egipto le abrieron sus puertas, unos voluntariamente, otros por temor, y bajó á

cortas jornadas hacia Alejandria. Acababa de pasar el río en Eleusino, pueblo situado á cuatro millas de Alejandria, cuando salieron á su encuentro los legados romanos. Antioco les saludó y tendió la mano á Popilio; pero éste le presentó las tablillas en que estaba escrito el senatus-consulta y le invitó á que se enterase de él en el acto. Después de leerlo, contestó Antioco que deliberaría con su consejo acerca del partido que debía tomar; pero Popilio, fiel á su carácter, trazó un círculo en derredor del rey con la varilla que tenía en la mano. «Antes de salir de este círculo, dijo, has de contestarme lo que debo decir al Senado.» Aturdido por la violencia de aquella orden, Antioco vaciló un momento, contestando en seguida: «Haré lo que exige el Senado.» Entonces solamente tendió Popilio su mano al rey como á un aliado y amigo. En el día convenido salió Antioco de Egipto, y los legados, después de haber cimentado por autoridad propia aquella paz reciente aún entre los dos hermanos, hicieron rumbo á Chipre, desde donde enviaron al rey de Siria su flota, que ya había conseguido un triunfo sobre la de la de los egipcios. Aquella legación tuvo resonancia en todas las naciones; porque era evidente que había arrancado el Egipto á Antioco, que ya era dueño de él, y que había devuelto al linaje de los Ptolomeos el trono de sus padres. De los dos cónsules de aquel año, si el uno distinguió su consulado con brillante victoria, el otro permaneció en la obscuridad, porque no tuvo ocasión para hacerse notable. En el día que señaló para la reunión de las legiones, entró en el recinto sagrado sin tomar los auspicios; consultados los augures acerca del asunto, declararon que era irregular la convocación. Llegado á la Galia, permaneció acampado en las llanuras Macras, al pie de los montes Sicimino y Papino y tomó en seguida cuarteles de invierno en las inmediaciones de los aliados del



nombre latino. Las legiones romanas permanecieron en Roma, porque no se había convocado al ejército con las formalidades debidas. Los pretores se trasladaron también á sus provincias, exceptuando C. Papirio Carbón, á quien había tocado la Cerdeña. El Senado lo había retenido en Roma para juzgar los litigios entre ciudadanos y extranjeros, porque la suerte le había adjudicado también esta jurisdicción.

La legación de que era jefe Popilio regresó á Roma con la noticia de que habían terminado las querellas de los reyes, y que el ejército de Antioco había evacuado el Egipto para regresar á Siria. En seguida llegaron los legados de los mismos reyes, declarando los de Antioco «que su señor había preferido á toda victoria una paz que el Senado manifestaba desear, y que había obedecido las intimaciones de los enviados romanos como orden de los dioses. En seguida felicitaron al pueblo por su victoria, y añadieron que, si hubiesen puesto su celo á prueba, el rey habría contribuido con todas sus fuerzas.» Los legados de Ptolomeo dieron las gracias en nombre del rey y de Cleopatra, diciendo «que los dos debían más al Senado y pueblo romano que á sus propios padres y á los mismos dioses inmortales. Roma les había librado de un sitio desgraciado y les había devuelto el trono de sus padres que iban á perder.» A los primeros contestaron «que Antioco había demostrado su prudencia y equidad obedeciendo á los legados y que el pueblo romano y el Senado le agradecían su conducta.» A los de los reyes de Egipto, Ptolomeo y Cleopatra, «que el Senado se congratulaba por lo que pudo hacer en su favor y que cuidaría de que siempre encontrasen el apoyo más firme de su trono en la protección del pueblo romano.» Encargóse al pretor C. Papirio hiciese entregar á los legados los regalos de costumbre. En seguida se recibieron cartas de Macedonia que re-

doblaron la alegría de la victoria, anunciando que el rey Perseo estaba en poder del cónsul. Después de los legados de los reyes, oyóse á los enviados de las ciudades de Pisa y de Luna; los pisanos se quejaban de la ocupación de sus tierras por los colonos romanos, y los de Luna aseguraban que el terreno en cuestión se lo asignaron los triunviros. El Senado envió cinco comisarios para reconocer y fijar los límites, Q. Fabio Buteo, P. Cornelio Blasio, T. Sempronio Musca, L. Nevio Balbo y C. Apuleyo Saturnino. Eumeno y sus dos hermanos Atalo y Ateneo enviaron también una legación para felicitar á los romanos. Masgaba, á quien encargó igual comisión su padre el rey Masinissa, encontró al desembarcar en Puteolos al cuestor L. Manlio, encargado de llevarle á Roma á costa de la república. En cuanto llegó, obtuvo audiencia del Senado. Todo lo que tenía que decir el joven era agradable, pero sus palabras le dieron mayor gracia. En primer lugar, recordó el número de peones, jinetes y elefantes que envió su padre á Macedonia, y la cantidad de trigo que había suministrado durante los cuatro años de la guerra; «pero le habían confundido dos cosas, añadió: primera, que el Senado pidiese por medio de legados lo que tenía derecho á exigir; segunda, que hubiese enviado el precio del trigo suministrado. Masinissa no había olvidado que debía su corona al pueblo romano y los sucesivos aumentos de su reino. Satisfecho con el usufructo, sabía que la propiedad era de los donantes. De justicia era, pues, que los romanos tomasen sin pedir ni pagar productos de un territorio regalado por ellos. Siempre había y siempre habría bastante para Masinissa con lo que le dejasen los romanos. Tales eran las instrucciones con que partió; en el camino le alcanzaron los mensajeros que le enviaba su padre para que le anunciase la sumisión de Macedonia y le encargasen felicitar al